



MONTERO GLEZ
SED DE CHAMPÁN

© Roberto Montero González, 1999
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© por la fotografía de cubierta, Alberto García-Alix

© Editorial Planeta, S. A., 2021
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-9998-891-7

Depósito legal: B. 14.481-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

El Charolito solo se fiaba de su polla. Era lo único en el mundo que jamás le daría por el culo. Con arreglo a esto, es posible imaginarle la noche de autos, adentrándose en la residencial: lleva el culo prieto, el ojo avizor y la pestaña alerta. Su andar, burlón de gracia y chiste, tiene eso que llaman guapura y que tantos suspiros obliga. Los zapatos van lustrados y arrojan un soniquete que preña de ecos lo oscuro, que nos anuncia su salvaje cercanía. También su turbio origen.

Se trata de un hijo de la otra orilla, digamos que de la parte baja del tobogán de la vida; crianza de negra cuna y linaje confuso; pellejo delator y un paso endiablado, el suyo, que repiquetea en las calles aún calientes por culpa del último sol de la tarde. A todo esto, y según su reloj de pulsera, pasan diez minutos de la medianoche. El perfil de la luna asoma ya entre dos casas y, a lo lejos, unos ladridos le informan sobre su condición de extraño. Sin embargo, llevado por esa familiar indiferencia que se gastan los solitarios, el

Charolito sigue su camino por limpias aceras. Lo hace con inequívoco garbo de torero suburbial y repeinado, curtido en la alta noche a punta de capote, directo a probar suerte.

Cree poner el pie sobre mármol, nácar y cristal de Venecia; todo ello bañado con la cremosa luz de los dineros. Avanza por avenidas que emanan un frondoso perfume a jazmín, a monopolio, a robo consentido. Tuerce, dobla y quiebra las esquinas. Enfila sus pasos hasta una glorieta trazada al fondo de la calle, y allí se detiene un ratito, plantándose a los medios. Con el talle juncal, la estampa distinguida y la cara de pocos amigos, hace un paréntesis en el tiempo y ojea en torno con desprecio. Le parece que tiene algo de plaza de cortijo sevillano, no sé, de capea nocturna para señoritos, finas copas de oloroso y gomina de boutique, la glorieta. Aunque su corazón abrigue cierta atracción de contrarios, su mirada no puede evitar la antipatía. Y enmascarado de rencor gira en redondo y dobla a la izquierda, donde se topa con una calle cortada al tráfico. Con ese pisar de nervio, sangre y codicia, cruza furtivo la peatonal. Y se pierde por laberintos dulces y lejanos; calzadas que nunca merecieron, ni merecerán jamás, un paso como aquel: de una pureza que no se vende.

Es posible imaginarle, la noche de autos, caminar bajo los sauces recién peinados de la residencial, las manos en los bolsillos y una poesía de sangre en la boca; es posible imaginar cómo su mirada de rufián le brilla de alegre aventura en cuanto descubre, aparcado frente a una de las casas, un berda descapotable. Un flamante deportivo de Ferrari, en rojo carmín, seis marchas y toda la pinta de entrar en las curvas sin un mal gesto. «Está aguardándole, compadre», le dice, para sí, esa voz interior tan oportuna.

La noche parece contratada para la ocasión, despreocupada, quieta, favorable a sus intenciones. Sin pensárselo dos

veces, el Charolito se aproxima a tan codiciada pieza; mucho sigilo en sus movimientos, una navaja suiza en la mano diestra y un latido oculto en las sienes. Con una feroz delicadeza consigue hacer saltar los seguros. Clic. Y abre la puerta con la mano regular, que es la de los dineros, mientras la diestra empuña la navaja suiza, apoyada en la cadera. De lino impecable, armado con una navaja suiza y en medio de un violento silencio, ejecuta lúcido, templado y gallardo, como si manejase un pase natural. Se acomoda en el asiento y, a la primera, sus dedos morenos tropiezan con el cableado que sobresale bajo la rosquilla. El Charolito, con una elástica astucia de granuja, desaparece en un pispás, como dice él, bajo la rueda del volante. Así que aplica el puente, el motor ruge y el Charolito lo acusa en las pelotas. Una erección de burro da coces bajo sus pantalones de lino y sale raudo, disparado noche abajo, borrándose a lo lejos. Es verano y todo él transpira una combustión interna que le consume las asaduras. A pesar del incendio íntimo, conduce con desenvoltura, confianza en sí mismo y una sofisticada apariencia. Es un profanador de honras, coches y silencios al que no gusta dejar cabos sueltos, rastros que le adivinen. Pertenece a la vieja escuela del grano fino y, que él sepa, es su único representante.

Un punto de fuga, cada vez más pequeño, corre al escape por laberintos de alquitrán, arterias urbanas que le portean veloz hasta la Emecuarenta. Los insectos nocturnos se estrellan en el parabrisas. «No somos naide», se dice cruel y pulsa el botón que pliega la capota. Y la noche se abre, y arroja con indiferencia el abecedario del cielo sobre su rumbo. Pero este detalle le importuna una polla, y sigue conduciendo como si el influjo de los astros no tuviese nada que hacer con un tipo como él; los negros mechones de su cabello caen revueltos sobre la frente. Aprieta a fondo. Le sube hasta la boca el re-

gusto agrio del desafío. Las entrañas huecas de velocidad palpitan un indescriptible entusiasmo; los ojos despiertos y el aire de la autopista que entra a cuchillo por sus orejas y que parece que le habla, que le quiere decir algo, como si de una gigante y sonora caracola se tratase. El vello se le pone de escarpia y reduce. Pero solo un poco, lo suficiente para poder desviarse a un camino de cabras. Sorteas con destreza las zanzas abiertas, «por si vienen los de la pestaña a llevarnos presos, compadre», que le explica la voz interior. Y llega al poblado. Y es allí, bajo un cielo tachonado de estrellas, donde un olor a fritanga y sobaquina le revuelve la memoria. No conoce otro más antiguo. Es un rancio perfume, una esencia que taponas su nariz de platino, agita su aparato digestivo y le remonta hasta noches de luna barrosa, salpicadas por el acné del pecado. «Triunfaré, seré una sombra prestigiosa», declaraba fanfarrón en esos tiempos, entre escombros perfumados por el orín. «Triunfaré», a la vez que enseñaba sus dientes de leche sucia, subido en lo alto de una torre de neumáticos en llamas. «Triunfaré», nos decía entonces, dejándonos boquiabiertos, él sentado en un sofá sin tripas, la sonrisa desafiante, ofensiva y vieja para su edad.

Con los años, aquel chaval condenado al triunfo conseguiría forjarse una leyenda, una ilusoria carrera de sombras y lumbres que las muelas empastadas de la puñetera decencia no lograron masticar del todo. Demasiado dura. Y sus andanzas, muy pronto, recorren el poblado de boca en boca. Y la boca siguiente es una boca que lleva los labios pintados y que emite un suspiro. Todas le desean. Un ladrido de perra herida que cruza La Rosilla, entra por La Celsa, y llega hasta una rubia que trabaja en las oficinas del Mercamadrid, que igualmente le anhela, susurran lenguas con doble veneno. Chismean que regala perfumes, zarcillos de coral y rosas co-

lor moreno. Hablan entre dientes, y entre dientes dejan escapar que le gusta romperles el corazón, que disfruta escuchando como les cruje. Y así, cuchichean de él desde el pueblo de Vallecas hasta Atocha. Y se atreven a decir que, por la plaza Santa Ana, tiene una novia que vive con su hermana pequeña y que, del mismo modo, le hace gustos. Siseantes pronuncian su nombre de brillos pantanosos: Charolito. Y en cuanto hace aparición, hasta los perros le saludan. Asimismo él es hijo de la rabia.

Aparca el coche en el solar, frente a un edificio de fachada leprosa, castigada con remiendos, garabatos de aerosol, corazones a navaja. Entra al portal y una sofocante oscuridad le envuelve por completo. Saca el chisquero y se alumbra hasta el primer descansillo, donde compone la figura: estira los faldones de la chaqueta, ubica el solapón y, con las palmas abiertas, se fija los cabellos a base de bien. Al frente, una absurda puerta acorazada que golpea con los nudillos.

Unos ojos frescos, de niña, salen a abrirle. Son los de la Carmelilla, que estudia octavo y que va poco por clase.

—¿Te han dejao sola? —pregunta.

—Sí —le responde ella—, sí. Se fueron donde la casa del Suavecito, a lo del velorio. Pero entra. Siéntate y espera, que tío Paciencias no tardará.

El Charolito se moja los labios con la punta de la lengua y acepta, entra en la casa. Cauteloso, con aire alerta, descorre la cortina que separa el salón del resto. En la penumbra, consigue distinguir la figura recortada de una persona. La adapta a sus ojos. Es una mujer. Se busca el ánimo con un pinchazo, envuelta en sombras; le parece que debajo de la lengua. Abre la llave de la luz y una bombilla pelona, ahorcada al techo, confirma sus sospechas. El Charolito se vuelve a la Carmelilla y lanza una mirada de reproche a sus ojos de almendra

amarga: «¿No te avisó tío Paciencias de que aquí no vengan a ponerse?», le viene a decir. Y ella, de igual forma, sin mediar palabra y con la mirada, le contesta algo así como: «Y a ti qué diablos te importa eso». Sin embargo, a él, eso no le da igual; no. Y no le importaría, ni poco ni mucho ni nada, si no fuese porque aquella mujer, allá en un rincón, recostada sobre el sofá, se llama Dolores Laredo. El Charolito lleva su nombre grabado en el pecho con asta de toro. Puede reconocerla, a pesar del color a cera pálida; a pesar de las mejillas hundidas, atravesadas por la sonrisa caballuna. La belleza perpetua del esqueleto se conserva todavía, bajo el pellejo descolorido. La boca, con gusto de sangre recién fijada, le dice algo; tal vez saluda; tal vez sonrío. Sus pupilas son dos alfileres que se clavan en un visto y no visto. Es verano y, a pesar de la calor, sufre un abrigo de pieles que resbala a un lado del hueso desnudo. La espalda es una herida, un escalofrío, una sacudida, un camino que él recorre con los ojos arrugados, charoles y embusteros. Alcanza una silla. Se sienta del revés, a horcajadas, con el respaldo entre las piernas, y sigue mirándola. Sin embargo, no la mira a ella, no. El Charolito pierde la mirada en un tiempo muerto, ya pasado, pero que no ha terminado de pasarle todavía y que le embiste como toro a la defensiva, arrastrándole por callejones de sombras, de memoria hecha jirones; igual que si no fuese ayer y fuese hoy cuando ella hizo presencia, surgida de un tajo de la noche; el escote abierto en ruedo, los pitones tallados, la respiración cercana, el talle vaporoso y los capotazos de sus glúteos. La cosa ocurrió como sigue:

El calor, igual que de costumbre, se nos había adelantado aquel año de gracia que, dicho sea de paso, no tuvo gracia ninguna para el Charolito. Fue por finales de mayo. El del noventa y seis, si mal no recuerda. Hasta los termómetros de

la capital sudaban. «¡Que se nos ha venido el verano encima!», era la conversación de moda en los ascensores, en los patios de vecinos, en las barras de los bares y allí donde dos personas se cruzasen. «¡Qué sofoco!», le decía la Fulanita a la Menganita con la pieza en la boca. «¡Cuánto calor, su primo!», apuntaba el Brasas, para no ser menos, desde el cuartito de la cueva del Candela; junto al Charolito, su primo dándole la vara. Esto sucede unas horas antes de su primer encuentro con Dolores Laredo. «Dispara ya, Brasas, ¿dónde cojones es la farra de hoy?» Y el Brasas que le santea el punto diciéndole que es en una urbanización de jurdós. «Lo tengo aquí escrito, su primo. —Y saca un trozo de papel que le cuesta leer—. Es en una casa de la calle Torpedero Tucumán, pero que no me sé el número.» El Charolito echa un vistazo al papel. «He quedao con el mulato; imagino que se acordará de venir con los trastos, su primo. Los jambos me han pedío ritmo y guitarra. Rumbita caliente pa nimar el cotarro, usté ya me entiende, su primo. El mulato es el que se lo sabe dónde queda. Qué, ¿se apunta usted con nosotros, en la furgoneta que nos hemos mercao?, su primo. También hay sitio pa usté. Y cuánta calor hace, su primo. ¿Un güisquito?, su primo. ¡Y cuánto calor!» «Voy por libre», le corta el Charolito, que se levanta de la silla y, con la cabeza hervida, desaparece rumbo a aquella calle que parece un trabalenguas: Torpedero Tucumán.

Con la misma rapidez que pasan las cosas en las películas, el Charolito llega la fiesta. La seguridad es su billete de entrada. Incluso les pide permiso, «por favor», a dos fulanos que se saludan expresivos en la verja de la calle, «me permiten», junto a un deportivo gris perla, aparcado al abandono sobre la acera. Un agradable sabor de vacío flota en la sala, rebosante de cuerpos, burbujas y lentejuelas. El codo cruel

del Charolito se abre paso hasta el bar. «*Dry martini*, muñeca.» Su voz de tenor, bronca y seca, sacude el espinazo de la chica, que agita la mezcla y la sirve con una sonrisa que es una trampa. El Charolito se borra de allí en un dos por tres, y dirige sus pasos hacia una de las habitaciones del fondo.

Cortinones de Damasco, donde pegar los mocos; alto techo, para perder la vista en musarañas; sillones confortables, donde saborear la copa y un pitillo del Winston, que se ajusta a los labios con un garabato de la mano zurda. Dispara el humo violentamente y acierta en un retrato al óleo; es un gachó que lleva mostachos antiguos, una jeta que, a juzgar por las líneas que surcan sus mejillas, le pega que sufre dolencias gástricas. La ceniza cae al descuido sobre las listas de parqué encerado, madera de castaño, por lo menos. Y en esos momentos Pascual, el mayordomo, hace acto de presencia en la habitación. Los guantes blanquísimos, la sonrisa también. «¿Desea algo el señor? ¿Se aburre? ¿Por qué no participa de la fiesta?», le parece que le dice, sin decirlo, muy atento. El Charolito, que no desea que le vean mucho, esquiva a Pascual. Se levanta de inmediato del sillón y vuelve a la sala, a refugiarse entre estallidos de carcajadas y riñones bien cubiertos.

Como era de esperar, los músicos llegaron tarde. Aparecieron con mucho ruido, con toda la cocina de instrumentos desparramada por aquí y por allá, vestíbulo y aledaños. Se trajeron hasta un sintetizador. En fin, que le pusieron empeño al trabajo. Sin embargo, entre los invitados a la fiesta, apenas se prestó atención a las rumbitas. Y, a la verdad, el espectáculo fue una plástica soberbia: «Tengo un barcón plagaíto de masetas», cantaba el Brasas, su primo, con sentimiento, «y unas me dan opio, y otras marijuana y así voy tira que tira toíta la semana, yobí yobí, yobí yobá», berreaba, su primo, sudoroso; los sobacos empapados, la camisa anudada al ombligo peludo

y ciego; «yobí yobá», el Canela acompañaba la percusión con mucho movimiento de brazos, sentado en una especie de cajón de madera abierto por detrás con un boquete, «yobí yobí, yobí yobá, que cada día te quiero más». Le pegaba unos trallazos que retumbaban en los estómagos más agradecidos de la fiesta. «Y yobí yobí, yobí yobá», que los jambos no parecían interesados en las rumbitas. Tampoco el Charolito que, en cuanto los ve hacer acto de presencia, entrar con los utensilios al hombro, y como quiere pasar inadvertido y el Brasas, su primo, es poco confidencial, pues va y se esfuma de su vista. Encamina sus pasos hacia el jardín, solitario, improbable, empapado de noche.

Se acomoda el jarabillo sobre unas escaleras de piedra, junto a la piscina, sin otro motivo que el de hacer tiempo. Entonces con unos movimientos de caderas exactos, indolentes y fríos ella pasa por delante. Y con una temperatura de fina copa de champán, se sienta pierna sobre pierna en una de las tumbonas, junto a la piscina bañada de estrellas. Él estaba cerca, dijimos que en las escaleras de piedra, la navaja suiza entre los dedos juguetones y una sana intención rondándole por la cabeza: hacerse con el deportivo gris perla de la entrada. Pero lo primero era aguardar. «Aguardar sin ser visto, ya sabe usted, compadre»; aguardar a que los jambos pescasen una buena cogorza. Aguardar el aviso de esa voz interior, para poder comportarse ligero: lenguas de trapo que se enreden y copas que rompen en el suelo. Voces pastosas. Risas desenfocadas. «Mientras tanto, cuanto menos le vean a uno, mejor que mejor.» El Charolito sabía hacer pocas cosas y una de ellas era esperar. Se había pasado media vida esperándose a sí mismo. De ahí las hebras canas que plateaban sus huevos: rizos lúbricos, honorables, debidos al don de la espera.

De acuerdo con esto, aguardaba el Charolito sentado en las escaleras, cuando, oportunamente, en la demora apareció Dolores Laredo. Su larga zancada, de luto alegre y fina aguja, que pasa por delante y consigue despertarle la atención. La espalda desnuda, el cabello recogido con maña, pinchado en una rara flor que deja al descubierto su nuca de pantera, perlada de noche. La seda del vestido largo, abierto a los flancos, le hace guiños. Las pestañas son arqueadas, los muslos con encaje de brocado y el trasero resuelto hacia arriba, vigoroso y con la mordedura de la luna a los centros. Él no se lo piensa dos veces, sepan que va y que se acerca hasta donde ella. Lo hace con el pisar seguro y los ojos chisperos, retadores. No es guapo, pero da igual, se aproxima como si lo fuera. Entonces se miran. Se atraviesan. Él con chulería, ella guardándose las distancias en el escote: que no pero que sí. La temperatura de fina copa de champán se altera. Su entrepierna parece que también. Sus ojos, de ceniza mal apagada, le insinúan alcobas de sábanas revueltas, con su aire acondicionado y su perfume *parisién*. Oh là là. «Buenas noches *madmuazel*. Viste muy bien —le dice él—, y que me muera si no se desviste usted mucho mejor.» Ella sonrío de lado, hace un juego de piernas más-rápido-que-el-ojo y le deja sitio, allí mismo, sobre la tumbona.

Pero él se mantiene de pie, bravucón, con los pulgares engarfiados en la hebilla de herradura. Enseña su sonrisa, fina como hoja de cuchillo, y pasea la punta de la lengua por los labios. Se trata de un gesto que sirve para cortar con todo preámbulo. Y ella, a la sazón, incorpora la anatomía y respira su aliento, espeso de noche. Una calentura del infierno, un misterioso latido que engrasa sus piernas, igual que si fuesen armas de fuego. Hablamos de un grado superior de humedad que empapa la casta de sus muslos y que, en aquel entonces,

hace que se desprenda del vestido. No lleva sostén, tampoco bragas, para qué. Lo deja caer al oloroso césped, un trapito fácil, inevitable, sin esfuerzo, como si lo hubiese ensayado de otras veces. Él observa. No pierde detalle. Empleando mucha sabiduría, sus dedos morenos descalzan unos pies de uñas lacadas en rojo cereza, tobillo fino, zapato de pulsera. Sube a ritmo lento; el tacto delicado de las medias, el interior caliente de los muslos, allí donde sus dedos morenos se recrean. Ella no opone resistencia; sino todo lo contrario: se abre como un acordeón.

El aliento espeso del Charolito la empapa y un bicheo sube hasta su oreja. El Charolito susurra un idioma irresistible, tan antiguo como el mundo. Un rumor que la deshace; que humedece la carnadura de los muslos, emputecidos con brocado alto. Dolores Laredo se deja coger en brazos. Alborota las piernas y suelta una risa que recuerda al graznido de una gaviota en celo. El verano ha tostado su vientre y afilado sus uñas, en rojo cereza, que clava con saña en la espalda del Charolito. Él las puede sentir, a través de su traje, hundirse en los hombros templados y membrudos de esfuerzo. Ella entorna la boca, cierra los ojos y espera que otra lengua se enrede con la suya, y que la invada, y que le corte el aliento como un cuchillo al fuego. Y el Charolito que acerca sus labios a los suyos y que no la besa; no. Se limita a lanzar una sonrisa que es una puñalada y que ella acusa en el bajo vientre. Emite un suspiro, presa entre sus brazos morenos. El Charolito, que ya ha borrado la sonrisa de su boca, se dedica a zarandear el cuerpo desnudo de Dolores Laredo a la orilla de la piscina. La agita como si intentase adivinar la razón de su peso. A ella le da la risa floja y acusa un pinchazo en la vejiga. Y él, que está así un rato, dale que te pego, hasta que consigue dejarla sin fuerza; desmadejada entre sus brazos

como una muñeca de trapo. «Fóllame.» Dicho por ella quedaba tan fino que una sonrisa de puñal se dibujó en el rostro del Charolito. Ella no sabe que ese puñal afilado significa el indulto. Sin embargo, no tardará en saberlo, pues a continuación la tira a la piscina. Chof. «Lo siento, sirena, estoy de servicio.» Y acomoda su camisa, el solapón del traje, los pantalones. Cruza el jardín hacia la casa. Y se limpia las suelas, las hace rechinar sobre la piedra del cubierto, una y otra vez, antes de entrar a la sala.

Son las tantas y la fiesta está más animada que un hormiguero recién meado. Dos peces gordos, de escamas podridas, conversan con acidez y reflujo gastroesofágico. Llevan tirantes, un *green fee* de dieciocho hoyos en el trasero, el colesterol alto, el *handicap* bajo, a plazo fijo pongamos; además de acciones en Country Club, los espermas aguados, y las hipotecas y las letras de cambio que os entren holgadas por el *green fee*. Y la parienta en la sierra, con el mayordomo y el dálmata, en el salón fantasía, abanicándose la entrepierna. El Charolito los miraba con rabia genital, con un certero resentimiento de clase. Al fondo, ebrio, consiguió divisar a su primo, el Brasas. «Llevo un vacilón *considerable*, su primo», le suelta. «Déjeme tranquilo, Brasas, y póngase a rascas la sonanta que los señoritos se le van a enfadar», le dice con desprecio a la par que lanza una mirada retadora a su desaseada presencia. Al Brasas le huelen las axilas, va sudoroso y hecho un fanegas; la camisa por fuera y los pantalones caídos. Está morao y se le nota. Con los ojos beodos le ve perderse por el pasillo, hacia la puerta de la entrada. En el fondo se le envidia. Por culpa de unos cuartillos de sangre, el Charolito es distinto a todos. A lo mejor y por eso, ellas repiten su nombre en sueños.